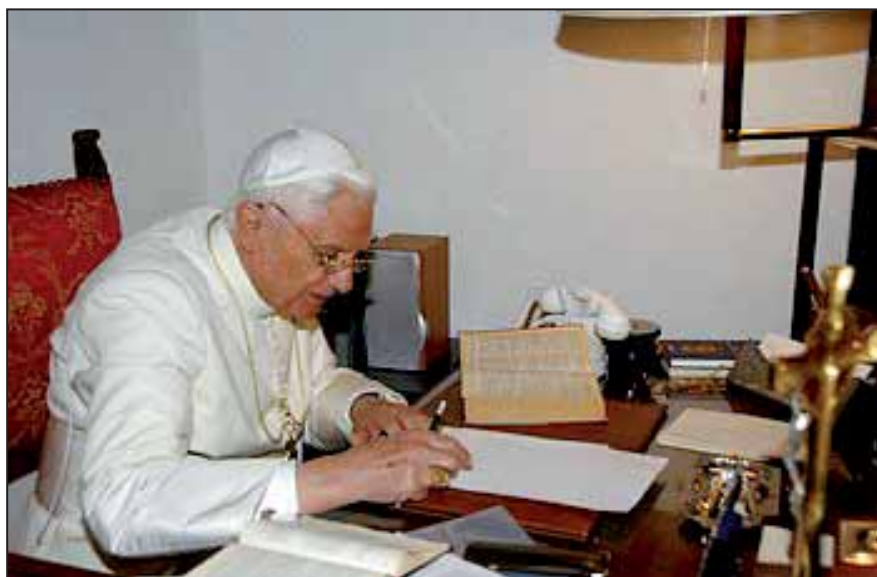


Fides et ratio y Benedicto XVI*

Por P. ARIEL SUÁREZ



1.- A los diez años de la publicación de la Encíclica *Fides et Ratio* del papa Juan Pablo II, se me ha pedido comentar cómo la misma ha sido recepcionada por el papa Benedicto XVI y en qué medida ha iluminado, primero sus reflexiones como Cardenal y ahora, su Magisterio Pontificio. En sus relativamente pocos años de papado el actual Pontífice ha sido reconocido, entre otras cosas, por reproponer a la Iglesia y al mundo una, diríamos, “pastoral de la inteligencia”. Son tan evidentes la claridad y la densidad con la que expone sus ideas, aún tratándose de temas complejos y polémicos. Son tan seguidos y comentados, y con frecuencia distorsionados, sus discursos al mundo intelectual, a pensadores de diversas orientaciones filosóficas y credos religiosos. No considero una exageración el afirmar que el Papa actual es ciertamente un ejemplo de cómo la fe y la razón han de aliarse saludablemente, en el respeto de los legítimos

campos de cada una, para contribuir a esa búsqueda de la Verdad que todo hombre ansía y que por eso mismo, desearía encontrar.

2.- Es justamente la cuestión de la Verdad la que el entonces cardenal Ratzinger, reflexionando sobre la Encíclica, señaló como la gran temática de la *Fides et Ratio*. Y al justificar su elección nos ofreció, partiendo siempre de la misma Encíclica, un argumento proveniente de la filosofía y otro intrínseco a la fe, en concreto, a la fe cristiana. El argumento filosófico nos remontaba a lo que originariamente había querido ser la filosofía: búsqueda de Verdad, de las verdades fundamentales que todo hombre necesita para vivir como hombre cuando nos preguntamos: ¿quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Por qué y para qué vivo? El argumento de la fe se deriva de la escandalosa pretensión del cristianismo, o mejor, de Cristo mismo cuando dijo: “Yo Soy el Camino,

y la Verdad, y la Vida” (Jn 14,6). Si Cristo es la Verdad, entonces hay que anunciarlo a todos, pues el evento Cristo afecta intrínsecamente a todo ser humano. Si Cristo es la Verdad, la filosofía tiene que ver con Cristo.

3.- Para comprender todo el alcance de la provocación de la *Fides et Ratio*, conviene, pues, que nos detengamos un poco en todo lo que implica la cuestión de la Verdad, y analicemos asimismo cómo se percibe o se vive esta cuestión por parte del mundo contemporáneo en general. Aquí también vale aquello del refrán: “aquellas aguas trajeron estas tempestades”, por eso me remonto algo atrás en el tiempo, para mejor comprender el hoy.

4.- Ya a fines del Medioevo, con el nominalismo concretamente, se sientan las bases para una revisión crítica de la teoría del conocimiento que sustentaba, por ejemplo, el realismo de corte aristotélico-tomista. La concepción que entronca con el Estagirita y Tomás de Aquino postulaba la certeza de que el hombre puede conocer la realidad que lo circunda e incluso, trascender con la inteligencia el dato que le proporcionan los sentidos y llegar así a las esencias de las cosas, a los primeros principios y a las causas últimas de todo lo que existe. Igualmente afirmaba la posibilidad de conocer a Dios, a través de las criaturas, con un conocimiento racional, mediato y a posteriori, es decir, de los efectos a la causa. Hay en el realismo un optimismo respecto al conocimiento de la totalidad de lo real, y al mismo tiempo, la conciencia humilde de que conocimiento verdadero no significa conocimiento exhaustivo y que precisamente por eso,

no hay que descansar jamás en la búsqueda de la Verdad.

5.- La revolución científica y el humanismo renacentista abrieron el camino a innumerables descubrimientos y posibilidades insospechadas hasta entonces para el hombre. Un nuevo espíritu y un nuevo ambiente signaron la reflexión del ser humano sobre sí mismo y sobre todo lo que le rodea. El progreso alcanzado con los nuevos métodos de la ciencia experimental hizo creer al hombre que sólo era verdadero y funcional lo que podía conocerse por medio del experimento y susceptible de cuantificación matemática. Cómo no recordar aquel axioma de Galileo que bien puede identificarse como el logotipo de la ciencia moderna: la naturaleza está escrita en lenguaje matemático y toca al científico descifrarlo. Si todo debe ser susceptible de experimentación y cuantificación matemática, dónde quedan entonces Dios, el alma humana, la inmortalidad, los valores humanos y todo el campo de la ética y la estética en general. La duda metódica cartesiana dejaría muy pronto de ser metódica para convertirse en fin en sí misma de cara a ámbitos esenciales de la vida humana. La modernidad llegará a un momento cumbre en Kant con la negación de la metafísica y Dios será sólo un postulado de la razón práctica exigido por el orden moral. Este rechazo de las posibilidades de la razón para llegar a Dios será igualmente acogido por la teología luterana y protestante en general, donde se afirma que sólo la fe nos permite el acceso al Misterio de Dios. Contrasta esta mutilación de la razón con el lema de la Ilustración que el mismo Kant señaló, pues el Sapere Aude no permite atreverse más allá de lo inmanente y lo fáctico.

6.- No es difícil darse cuenta cómo el panorama antes expuesto, lleno de logros magníficos en el campo de la ciencia y de la técnica, deja, sin embargo, al hombre desprovisto de respuestas sólidas y fundamentadas sobre las grandes cuestiones humanas. Como resultado se asistió en el campo filosófico a una fragmentación del saber y desde entonces cualquiera que se llame filósofo tendrá que aclarar a cuál de las filosofías se adscribe, pues con ese nombre se dicen

disímiles cosas y hasta contradictorias. No se me olvida al respecto cómo el argumento de las contradicciones entre los filósofos había sido ya usado por la sofística griega para defender su escepticismo. En efecto, escepticismo y agnosticismo respecto a lo que es el ser humano y su destino trascendente, caracterizarán la herencia que la modernidad nos legó.

7.- Entre la gente común, y a veces involuntariamente simple de nuestro pueblo, se puede oír una frase del tipo: "tú tienes tu verdad, yo tengo la mía. Cada uno tiene su propia verdad". A veces no es una frase explícitamente pronunciada, pero sí vivida o expresada en los comportamientos habituales

**Habermas
considera que
la verdad es
resultado del
diálogo y no
puede existir
sin él. Ratzinger
cree en una verdad
objetiva que el
diálogo está
llamado a
identificar.**

de las personas. Para otros, la Verdad ni siquiera es algo digno de consideración, pues se actúa como si lo verdadero fuera sinónimo de lo ventajoso, de lo provechoso y exitoso, de lo útil o lo práctico. Desde las distintas ideologías dominantes en el mundo actual nos llega casi con el aire que respiramos, la idea, convertida en certeza, de que una persona que defienda la tesis de que lo que es verdad lo es siempre y para todos, que las cosas y las personas deben referirse a la Verdad y que esta puede ser conocida siempre más progresiva y perfectamente; una persona así, pues, sería para mucha gente hoy, el prototipo de la persona intolerante, retrógrada y contraria al desarrollo y al progreso de las ideas y de la civilización.

8.- Las diferencias de tradiciones, de culturas y de religión plantean igualmente el serio problema de si la verdad no es ante todo una cuestión cultural y así, por ejemplo, habría verdades o religiones verdaderas únicamente para los europeos, distintas de las que puede haber para los africanos, asiáticos o americanos, que han recibido otras tradiciones y otro influjo de pensamiento y de creencias a lo largo de su historia. Mucha gente teoriza sobre todas estas cuestiones con mayor o menor acierto, otros las evitan a priori, algunos incluso dogmatizan su postura y la defienden con hostilidad. Las democracias contemporáneas se nutren en la práctica del postulado de que la verdad es el resultado del consenso, pues lo que hace verdadera una doctrina es el procedimiento dialógico que nace de la pluralidad simétrica.

9.- Sería una vana ilusión rechazar estas cuestiones como si carecieran de importancia o fueran válidas únicamente para un selecto grupo de cerebros especializados en devanarse los sesos. Las guerras entre naciones y pueblos, el deterioro ambiental, el terrorismo, la contraposición entre el Occidente y el Islam, el trato a los inmigrantes, la manipulación genética y todo lo que se refiere a la ética médica, la ideologización en el tema y en el cumplimiento de los derechos humanos, el modo de organizar la economía mundial y de salir de las crisis financieras... todo esto y más, tiene que ver con la Verdad sobre el hombre y el mundo, y también, con la Verdad sobre Dios. La historia reciente de la humanidad nos enseña así, con dramático realismo, que cuando se renuncia a la cuestión de la Verdad, entonces sólo nos queda el campo de las opiniones y a la larga, se impone la opinión del más fuerte, y no precisamente por el diálogo, el consenso y la persuasión.

10.- Este brevísimo recorrido histórico y los análisis esbozados sobre la situación actual bastarían para hacernos considerar seriamente el llamado que hiciera Juan Pablo II en la Fides et Ratio a despertarnos del letargo en que hemos caído frente a la cuestión de la Verdad. El papa Benedicto XVI es consciente

de la contribución especialísima que él puede ofrecer al respecto desde su servicio como Supremo Pastor de la Iglesia. Lo expresó de manera genial en el discurso que tenía previsto pronunciar en la Universidad La Sapienza, de Roma, cuando se preguntaba: “¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la universidad? Seguramente no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad,

cuando todavía era Cardenal, el actual Pontífice participó en un interesante diálogo con el filósofo laico de raíz ilustrada Jürgen Habermas. El centro del debate, a mi juicio, giró en torno a dos cuestiones fundamentales. Primero, ¿es posible aún hoy, en medio de un mundo pluricultural y plurirreligioso, encontrar una base ética común a todos los pueblos y todos los hombres? Y segundo, ¿tienen algo que aportar a esta empresa las tradiciones religiosas o basta la racionalidad pública ilustrada? Cuando terminaron de leer sus ponencias, se suscitó un intercambio fecundo con el auditorio. Habermas y Ratzinger coincidieron

el medio indispensable para el entendimiento de todas las mentalidades y todas las culturas sin exclusión. La propuesta del entonces Cardenal Ratzinger en su ponencia tiene que ver mucho con el tema de esta conferencia: “yo hablaría de una correlación necesaria de razón y fe, de razón y religión, que están llamadas a purificarse y regenerarse recíprocamente, que se necesitan mutuamente y deben reconocerlo (...) es importante darles voz en el intento de una auténtica correlación polifónica en la que se abran a la esencial relación complementaria de razón y fe, de modo que pueda crecer un proceso universal de purificación en



El entonces cardenal Ratzinger dialoga con el destacado filósofo alemán Jürgen Habermas

invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro”.

11.- Ya antes, en enero del 2004 y

profundamente en el plano operativo pero dejaron entrever sus divergencias a nivel de los fundamentos. Habermas considera que la verdad es resultado del diálogo y no puede existir sin él. Ratzinger por el contrario, cree en una verdad objetiva que el diálogo está llamado a identificar. Fue común la importancia que ambos concedieron al diálogo como

el que al final puedan resplandecer de nuevo los valores y las normas que en cierto modo todos los hombres conocen o intuyen, y así pueda adquirir nueva fuerza efectiva entre los hombres lo que mantiene cohesionado el mundo”.

12.- En el Magisterio Pontificio de Benedicto XVI cobra particular relevancia una idea muy querida por el Pontí-

fice, a saber, que el cristianismo es la religión del Logos. Para el Papa eso significa varias cosas: ante todo, que el mundo y todo cuanto existe no proviene de una fuerza irracional o caótica. Por el contrario, Benedicto XVI no se cansa de mostrar cómo todo cuanto existe proviene de la Razón Creadora de Dios. Y en segundo lugar: esa Razón se ha manifestado en Cristo y sobre todo, en Cristo Crucificado, como Amor que abraza, que perdona, que redime y salva. Es justamente eso lo que hace del cristianismo una instancia válida en el diálogo con todos, pues es una fe abierta a todo lo que es verdaderamente racional y transida de Amor. En estos términos se expresó al respecto en su primera Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, destacando la novedad de la visión bíblica de Dios: "el aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas —el Logos, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor".

13.- Del Logos hecho hombre y por eso mismo, amor humilde, volvió a hablar el Papa el pasado 12 de septiembre en París, cuando en el Colegio de los Bernardinos tuvo su encuentro con el mundo de la cultura. Allí anotó Benedicto XVI: "la novedad del anuncio cristiano consiste en un hecho: Él se ha mostrado. Pero esto no es un hecho ciego, sino un hecho que, en sí mismo, es Logos— presencia de la Razón eterna en nuestra carne. *Verbum caro factum est* (Jn 1, 14): precisamente así en el hecho está el Logos, el Logos presente en medio de nosotros. El hecho es razonable. Ciertamente hay que contar siempre con la humildad de la razón para poder acogerlo. Hay que contar con la humildad del hombre que responde a la humildad de Dios".

14.- Ya casi a modo de conclusión, si todavía nuestro afán de síntesis no ha encontrado la respuesta en lo que se ha dicho del pensamiento del Papa, nos preguntamos: ¿Qué relación tienen para Benedicto XVI la fe y la razón? El Pon-

tífice afronta de algún modo la pregunta refiriéndose al rol de la filosofía y de la teología, y se responde en el discurso que tenía preparado para La Sapienza. Basándose en la fórmula con la que el Concilio de Calcedonia había zanjado las disputas cristológicas: "sin confusión y sin separación"; el Papa afirma lo siguiente: "La filosofía debe seguir siendo verdaderamente una búsqueda de la razón con su propia libertad y su propia responsabilidad; debe ver sus límites y precisamente así también su grandeza y su amplitud. La teología debe seguir sacando de su tesoro de conocimiento que ella misma no ha inventado, que siempre la supera y que, al no ser totalmente agotable mediante la reflexión, precisamente por eso siempre suscita de nuevo el pensamiento. Junto con el "sin confusión" está también el "sin separación": la filosofía no vuelve a comenzar cada vez desde el punto cero del sujeto pensante de modo aislado, sino que se inserta en el gran diálogo de la sabiduría histórica que acoge y desarrolla una y otra vez de forma crítica y a la vez dócil; pero tampoco debe cerrarse ante lo que las religiones, y en particular la fe cristiana, han recibido y dado a la humanidad como indicación del camino. La historia ha demostrado que varias cosas dichas por teólogos en el decurso de la historia, o también llevadas a la práctica por autoridades eclesiológicas, eran falsas y hoy nos confunden. Pero, al mismo tiempo, es verdad que la historia de los santos, la historia del humanismo desarrollado sobre la base de la fe cristiana, demuestra la verdad de la fe en su núcleo esencial, convirtiéndola así en una instancia para la razón pública. (...) El mensaje cristiano, en virtud de su origen, debería ser siempre un estímulo hacia la verdad y, así, una fuerza contra la presión del poder y de los intereses".

15.- La voz autorizada del Papa, tanto por su humildad como por su racionalidad, merece ser escuchada y agradecida, también entre nosotros en Cuba, donde mucha gente vive su relación con la Verdad y con lo religioso, por decirlo de alguna manera gráfica, con el mismo estilo con el que se va al mercado, donde encontramos estantes y productos de diversas calidades y precios, y tomamos

el que más nos gusta, o el más cómodo, o el más bonito aparentemente, o el que más se usa, pero no siempre el mejor, el de más calidad, el verdadero. Comprendo que el de más calidad es a veces el más caro. Así de cara, en su doble acepción, de precio elevado y de querida, tendría que sernos la Verdad.

16.- Un destello de esperanza al respecto, lo escuché casualmente el pasado 20 de octubre, día de la Cultura Cubana. Mientras tomaba un cafecito para venir a clases a este Seminario, puse el televisor y en ese instante, en la revista *Buenos Días*, entrevistaban a Miguel Barnet. Pido disculpas porque ahora me confío únicamente a la memoria y no cito textualmente, pero Barnet, hablando de la cultura y en concreto la cultura cubana, decía que no todo lo que hacemos o decimos o pensamos es cultura, porque la cultura sufre siempre un proceso de decantación. Ejemplificó diciendo que la chabacanería, la vulgaridad, la falta de educación formal, el lenguaje soez, nunca pueden ser cultura ni definir la cultura cubana. Y puso como el criterio último para esa decantación lo que él llamó "los Valores perennes". Esa propuesta de Valores perennes la hace la Iglesia cada día, no por suficiencia ni orgullosa pretensión, sino en obediencia humilde a Su Señor. La cultura no puede prescindir, entonces, de su apertura sincera a Dios si quiere ser fiel a su ser auténtica cultura. Terminó, pues, dejando la palabra una última vez a Benedicto XVI: "Una cultura meramente positivista que circunscribiera al campo subjetivo como no científica la pregunta sobre Dios, sería la capitulación de la razón, la renuncia a sus posibilidades más elevadas y consiguientemente, una ruina del humanismo, cuyas consecuencias no podrían ser más graves. Lo que es la base de la cultura (...) la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharlo, sigue siendo aún hoy el fundamento de toda verdadera cultura".



* Conferencia en el Simposio de Filosofía por el décimo Aniversario de la Encíclica *Fides et Ratio* de S.S. Juan Pablo II.

Seminario San Carlos y San Ambrosio. La Habana. 8 de noviembre de 2008.